

tos de responsabilidad; o en otros términos: que si de él somos víctimas, también seremos culpables si a su extinción no dedicamos el pensamiento, la voluntad y la acción que a cada uno nos corresponde. Pensamiento, voluntad y acción grandes y poderosos en el individuo, como lo demuestran tantos grandes descubrimientos, obras trascendentales e instituciones generalizadas en todo el mundo por la iniciativa de un hombre. Recordad a este efecto que el hijo de un cardador de lana descubrió la América, que un coprador de manuscritos inventó la imprenta. Y si tanto pudieron esos hombres que pertenecían a una clase que en el argot científico-burgués de nuestros días se considera compuesta por los vencidos en la lucha por la existencia, ¿de qué no podéis y debéis ser capaces vosotros, multiplicando vuestra energía mental y volitiva, en virtud de la ley científico-natural de la ayuda mutua, por la solidaridad, que resuelve en fuerza consciente y avasalladora lo que todos piensan, lo que todos quieren, lo que todos hacen?

Pensad que mi excitación es urgente, y que si por ser mía no logra eficacia, hágase eficaz por voluntad vuestra, por determinación derivada de vuestra meditación sobre los problemas de la actualidad.

Invoco en mi apoyo la memoria del gran Costa, de aquel hombre ilustre por su talento y por su sinceridad, de quien puede decirse como preferente elogio que brilló por la honradez de su sabiduría en estos tiempos del privilegio en que el saber suele combinarse por despreciable utilitarismo con la hipocresía.

Hé aquí una afirmación capitalísima de Costa:

“Ha concluido el áureo reinado de los Augustos y empieza la férrea y homicida labor de los Trajanos y de los Teodosios. No será ya desde hoy el poder una satisfacción: será un sacrificio y una cruz. Quien no sienta vocación más que para el Capito-

lio; quien no vea en el poder sino sus esplendores, eso que de ordinario se ha mirado en él, un instrumento para decorar el miserable minuto presente del gobernante; quien no haya de gobernar por amor de Dios, puestos los ojos en la fosa y en el olvido que le aguardan para la hora siguiente, no nos sirve. Necesitamos en el Gobierno “impersonales”: Bismarks ingertos en San Francisco de Asís, con más de San Francisco que de Bismark. ¿Los hay? Puede dudarse, aunque son muchos los que lo creen. Pero, de todos modos, no se lo preguntemos a nadie; inquirámoslo por nosotros mismos. Veamos si es verdad que hay un alma nueva en España y verbo que la sepa encarnar.”

En esa afirmación que parece el último refugio de la esperanza de un escéptico, se equivocó indudablemente, porque no hay, no ha habido, ni puede haber, ni habrá en la sucesión de los siglos un San Francisco Bismark autócrata o dictador de una nación, ni menos de la humanidad; porque si el ser humano puede derivar hasta llegar a ser un San Francisco o un Bismark, no puede llegar al imposible de rendir en un punto esos dos opuestos polos de la capacidad humana.

Costa, que concibió ese pensamiento; Costa el inteligente, el austero, el incorruptible, a haberse hallado en la integridad de su vitalidad e inteligencia hubiera sido incapaz de realizarle.

No hablemos de los actuales caudillos, jefes o jefecillos populares...

No; es inútil buscar un ser con forma de hombre y cualidades extrahumanas. En la Tebaida pueden hallarse hombres que practiquen el suicidio moral matando todas sus pasiones; pero no en el Capitolio, ni menos en estos tiempos en que la centralización del poder es inmensamente imposible. No puede existir; no ya el autócrata que resuelva a lo Felipe II los conflictos locales, regionales, nacionales, internaciona-